

HACE algún tiempo reflexioné sobre la mejoría que se había producido en la sociedad española reciente, en el descenso de la hostilidad, en la escasez de las actitudes beligerantes que habían dominado durante muchos años y señaladamente en el decenio de los 30. Hay que alegrarse de ese cambio, de la apacibilidad dominante en la exposición de las opiniones. Pero hoy se ha instalado otro vicio, la apatía, con mengua del entusiasmo, de la reacción vivaz a los hechos y a lo que se dice de ellos, a las opiniones, a las diversas interpretaciones posibles de la realidad. Afortunadamente hay menos extremismo, menos beligerancia en la exposición de las opiniones, en el conjunto de la vida pública. El peligro reside más bien en esa apatía generalizada que también hay que evitar.

Se dicen pocas cosas «detonantes», frente al abuso de ellas en épocas no muy lejanas; pero acaso el riesgo actual es de signo bien distinto: lo anodino, la falta de relieve; en suma, la indiferencia.

La lectura de los periódicos, la audición de lo que se dice por la radio, lo que se ve y oye a la vez en la televisión, todo eso tiende a lo anodino; rara vez se percibe una sacudida capaz de mover la atención del receptor, lo que podría provocar una reacción vivaz a los contenidos narrados o comentados.

Casi nada de lo malo que se dice irrita; se lo recibe apacible y tranquilamente. Casi siempre sin indignación, pero también lo bueno no se recibe con entusiasmo. Las «buenas maneras» en los conceptos contrastan con la frecuente grosería del vocabulario, pero ambos rasgos unidos contribuyen a un descenso del interés.

La inmensa mayoría de las personas no se expresan públicamente; son receptoras pasivas de lo que dicen los medios de comunicación. Lo dudoso es que esa pasividad sea buena; en una

APATÍA

JULIÁN MARÍAS

de la Real Academia Española

En una sociedad vivaz y sana se debe producir una reacción a lo que se lee o se oye

sociedad vivaz y sana se debe producir una reacción a lo que se lee o se oye. Lo que echo de menos es la reacción personal, la silenciosa que el lector o el oyente debe tener en sus adentros, aunque no llegue a manifestarse. Podríamos hablar de un descenso de la elasticidad de la sociedad. Por esa cualidad, una pelota lanzada contra una pared rebota e inicia una trayectoria propia. Si esa elasticidad desciende, la pelota cae inerte al suelo.

Ha habido épocas, que recordamos muy bien los que tenemos algunos años, en que la reacción era inmediata, frecuentemente excesiva; a la larga, peligrosa. En ocasiones dominaba un inquietante clima de exasperación. Es notorio que esto tuvo malas consecuencias, que llegaron a ser extremadas y atroces. Yo me felicito a diario de que esas actitudes hayan desaparecido y se haya establecido un precioso ambiente de moderación y convivencia.

La propensión a la hostilidad, la polarización, el enfrentamiento, ha sido desastrosa y ha conducido a varias formas de barbarie. Pero conviene retener el interés, la reacción positiva o negativa a lo que acontece o se dice. Si esto falta, se produce un descenso de

vitalidad sumamente peligroso. La capacidad de indignación ante lo malo es el inevitable reverso del entusiasmo.

Lo decisivo es que ambas actitudes estén justificadas; la presencia de sus motivos o razones impone su moderación; pero una cosa es moderación y otra inexistencia. Las reacciones personales no deben ser automáticas, sino acompañadas de sus motivos. Cuando se tienen y exponen razones, las conductas inevitablemente son razonables. Hay situaciones en que lo anormal es el arrebato, la reacción automática y ciega a lo que alguien hace, dice o propone. Hay que huir de esto, pero sin renunciar a la viveza de la recepción, a la intensidad de la respuesta.

Tengo muchos años, seguramente demasiados, y bastante buena memoria. Tengo presentes los diversos «climas» de la sociedad, por lo pronto española, pero acaso europea, en el tiempo que me ha tocado vivir. Los jóvenes tienen poca idea de lo que ha sido el mundo antes de su uso de razón; les faltan términos de comparación para valorar lo único que conocen, el presente.

Hace poco hablé de la necesidad de compartir el pasado con los que no lo han vivido. Lo esencial es tener términos de comparación, única manera de saber dónde se está. Por eso es inapreciable el conocimiento de la historia; lo malo es que la exposición del pasado próximo está casi siempre perturbada por el partidismo, la deformación interesada. Casi todo lo que se dice ahora de épocas bastante cercanas, que he vivido y recuerdo muy bien, es desesperante. Lo frecuente es una falta de res-

peto a la realidad, una deformación —mejor dicho, varias— de lo que realmente aconteció, varias versiones inconciliables de un pretérito que se debería poseer, integrar, y que es el subsuelo de nuestra vida.

Hoy es imposible «tomar partido» por ninguna de las facciones que han compuesto el pasado que muchos hemos vivido. Esto indica una relativa lejanía; si se piensa en las luchas que conocemos por la historia, no podemos identificarnos con ninguno de los contendientes; romanos y cartagineses, comuneros e imperiales, afrancesados y reaccionarios, no son «nuestros», no podemos identificarnos con ninguno de esos bandos; los vemos desde otra altitud, los comprendemos con su parte de razón y sinrazón. Si esta impresión de lo pretérito se trasladara al presente y se tomara en serio, esto bastaría para superar la mayor parte de los conflictos al imaginarlos resueltos por el paso del tiempo.

Cuando se recuerdan las guerras de nuestro tiempo, la civil española o las dos guerras casi mundiales, se advierte la insuficiencia de todos los planteamientos belicosos; cuando se los ve desde la altitud de nuestro presente, se superan los enfrentamientos en bloque, se perciben las razones y su deficiencia; la actual «amistad» entre todas las naciones de Europa descubre la evitabilidad de las dos grandes guerras, la que empezó en 1914 y la que se reprodujo, incomprensiblemente, dos decenios después. La situación presente de Europa descubre la insuficiencia de los motivos de las antiguas discordias, que muchos podemos recordar como vividas personalmente o el pasado con que se encontraron nuestras vidas. Yo invitaría a no quedarse en el recuerdo, a trasladar esta visión al presente; bastaría con ello para desarmar y ver como anticuados los enfrentamientos que nos agitan y ponen en peligro nuestras propias vidas.

NIÑOS que en nada tienen que ver con el educadísimo y el todo insoportable «Juanito» zangolotino del tiempo de Maricastaña. Tampoco con el «repelente niño Vicente» de Rafael Azcona, popular un día. Ni siquiera con el alumnado del llamado, a saber por qué más o menos merecidos razonamientos, «florido pensil». Aunque sí, al menos eso creemos, relacionados todos de algún modo con aquel personajillo al que se hace cómica alusión en una comedia de Miguel Mihura en la cual se da cuenta del avisado niño que espera a ser un día torero y médico al mismo tiempo «para poder matar a los toros y después curarlos».

Viene ocurriendo que el actual mundo que nos ha tocado en suerte, un tanto chapucero pese al manejo de sus múltiples fórmulas funcionales, todo hay que decirlo, ha ido desplazando el esfuerzo personal por lo que pudiéramos llamar el «aquí me las den todas», eslogan que atañe en ocasiones a parte de la niñez; tema con el que siempre conviene cambiar un vistazo y más precisamente ahora que el curso esco-

lar toma cuerpo a caballo entre los hábitos y costumbres tipo factoría Disney, por un lado, y por otro los nuevos costumbrismos, navegaciones por Internet incluídas, elementos cruciales que barrieron para siempre el colorín del viejo folklore de los juegos infantiles: pelota y aro, trompo y canicas, ellos; diávolo, salto a la comba y rayuela, ellas. Para todos, cuentos y más cuentos comenzados siempre por el inevitable «Pues, señor, érase que se era...». Tiempos aquellos en los que todavía no se había desterrado del cuento la lucha del Bien con el Mal, ni suprimida la trascendencia del hombre.

Otras son, ciertamente, las aficiones y apetencias del niño actual, nos guste o no alcanzado por una al parecer inevitable agresividad. Ver para

crear. Cazada al vuelo, valga aquí la referencia al siguiente «proyecto» de una tarde libre a favor de la muchachada:

—Ea, pongámonos de acuerdo. ¿A qué jugamos?

—Si os parece, a desvalijar un Banco de renombre.

—Mejor a volar la vía del Talgo.

—O a secuestrar el vuelo París-Londres.

—Eso.

Cierto es que el planeta de los juegos infantiles ha dejado perder parte de su colorista impronta. Ni en las calles surcadas por el tráfico circula ya desde hace mucho tiempo balón y bolas, aros y caballitos de cartón; ni en los parques hay niñas jugando al escondite o cantando el popular «Mariquita cose»:

«Mariquita, cose./Tengo el dedo malo. Mariquita, juega./Ya lo tengo sano».

Pena, por otra parte, de que, vencido golosamente por las múltiples horas frente al televisor, pase lamentablemente al monte del olvido el atractivo número de actuales temas culturales, espléndidamente hoy editados; incluso de golosas narraciones capaces de despertar todavía la simpatía por el héroe, tantas veces anulado por mor de unas malentendidas modernidades.

¿No habrían de evitarse así diálogos como el que sigue, cazado en esta ocasión por boca de un pequeño grupo de niños, nunca se sabe si a clase van o de clase vienen?:

—Quedamos así en quemar la fea papelera que el Ayuntamiento ha colocado a la entrada del colegio. Aligerar seguidamente el paso para llegar a tiempo a la oportuna colocación, en el cajón de la mesa de la nueva profesora, del ratón que ayer cazamos. Como traca final, ya sabéis: la nueva pintada de protesta en el pasillo del director. ¿Vale?

—Vale.

Sin comentarios.

NIÑOS, HOY

ASENSIO SÁEZ

Escritor